



Cuadernos de Ilustración y Romanticismo

Revista Digital del Grupo de Estudios del Siglo XVIII

Universidad de Cádiz / ISSN: 2173-0687

nº 24 (2018)

JOSÉ MARÍA DE TORRIJOS Y LA TEORIZACIÓN DEL POLÍTICO ROMÁNTICO A TRAVÉS DE NAPOLEÓN BONAPARTE

Manuel ALVARGONZÁLEZ FERNÁNDEZ
(Universidad Autónoma de Madrid)

Recibido: 8-1-2018 / Revisado: 21-2-2018

Aceptado: 6-2-2018 / Publicado: 20-12-2018

RESUMEN: Analizo la traducción que llevó a cabo José María de Torrijos y Uriarte de las memorias que Napoleón dictó a los generales Baron Gourgaud y Conde de Montholon, y la biografía introductoria de Bonaparte que añadió. Este trabajo era una nueva aportación a las reflexiones sobre el legado histórico del corso que se habían venido dando en la España del Trienio y que él continuó en el exilio inglés entre 1825 y 1826 con la intención de ofrecer un modelo de gestión política a las nacientes repúblicas de Hispanoamérica. Lo que busco con este análisis es estudiar como Torrijos aplicó los criterios del Romanticismo y de la leyenda napoleónica para entender la política de su tiempo y las virtudes que debían tener los líderes que pretendían restablecer el liberalismo en los países regidos por el absolutismo.

PALABRAS CLAVE: Romanticismo político, leyenda napoleónica, general liberal, patriotismo, virtud cívica.

JOSÉ MARÍA DE TORRIJOS AND THE THEORIZATION OF THE ROMANTIC POLITICIAN THROUGH NAPOLEON BONAPARTE

ABSTRACT: I analyze the translation carried out by José María de Torrijos y Uriarte of the memories that Napoleón dictated to his generals Baron Gourgaud and Count of Montholon, and the introductory biography he added. This work was a new contribution to the reflections on the historical legacy of the Corsican that had been given in the Spain of the Triennium and that he continued in English exile between 1825 and 1826 with the intention of offering a model of political management to the nascent republics of Hispano-America. What I want with this analysis is to study how Torrijos applied the criteria of Romanticism and Napoleonic legend to understand the politics of his time and the virtues that should have the leaders who sought to restore liberalism in countries ruled by absolutism.

KEYWORDS: Political Romanticism; Napoleonic legend; liberal general; patriotism; civic virtue.

INTRODUCCIÓN¹

En el año 1825 Europa se encontraba en plena resaca posrevolucionaria. A finales de 1823, la experiencia liberal que había iniciado el teniente coronel asturiano Rafael del Riego en las Cabezas de San Juan el 1 de enero de 1820 había llegado violentamente a su fin; aplastada por las fuerzas absolutistas de la Santa Alianza en Nápoles, Piamonte, Portugal y, finalmente, España. Comenzó entonces el mayor exilio político que se había conocido en la Europa de la Restauración, después de que durante el Trienio liberal se produjese una politización masiva de la vida pública española (Simal Durán, 2012: 124 y 181).

A mediados de la década de los años veinte el Antiguo Régimen seguía por tanto vigente en gran parte del viejo continente. Se siguió definiendo entonces la figura del héroe romántico liberal como un rebelde dispuesto a destruir todos los vestigios del viejo orden político en aras del nuevo. Esta figura se definía como la personalización de la lucha por consagrar una nueva sociedad utópica en la que los hombres con genio y con talento pudieran tomar las riendas. Se articulaba en torno a la defensa de una patria sacralizada que aspira a la libertad política que emana de la nación frente al inmovilismo de los poderes tradicionales (Casalduero, 1962: 102-111), junto con la denuncia de la corrupción del orden existente y la creencia en un renacer fundamentado en valores cívicos y militares (Isabella, 2009: 429).

Este Romanticismo político se construyó en parte desde la leyenda napoleónica, que reconciliaba al liberalismo con el recuerdo de Bonaparte gracias a la publicación de una serie de artículos de Benjamín Constant entre 1819 y 1820 y de los memoriales de Santa Elena ya después de la muerte del Emperador (Hazareesingh, 2005: 752-753, 756-757). Esta aceptación liberal de Napoleón puede retrotraerse sin embargo al período de los Cien Días (1815), cuando el Emperador aceptó incorporar a la Constitución imperial un Acta adicional que incluía el reconocimiento de la soberanía nacional. La importancia de este último cohetazo de Bonaparte en Francia también radica en que se encontró luchando contra potencias extranjeras que invadían el país para intentar restablecer la monarquía conservadora de Luis XVIII. Pudo entonces presentarse como un protector de los pobres, un soldado de la Revolución que luchaba contra el régimen de privilegios que las potencias del Congreso de Viena pretendían restablecer (Dwyer, 2014: 522-523). De hecho, él mismo afirmaría que incluso algunos liberales españoles le pidieron ayuda para tumbar el nuevo régimen absolutista de Fernando VII (Moreno Alonso, 2004: 39).

Otra perspectiva que hay que tener en cuenta a la hora de entender este Romanticismo político es el del exilio, que marca estas primeras décadas del siglo XIX. Del exilio no se libran ni siquiera los reyes y los pontífices, no se libra ni siquiera Napoleón, y fue determinante para la formación del pensamiento político contemporáneo. Es imposible entender la España cultural y política de esta centuria prescindiendo del estudio de los emigrados que huyeron del Terror blanco que desató el reinado de Fernando VII. De todos ellos, uno de los más representativos no solo por su trágico final sino por toda su trayectoria pública y vital fue José María de Torrijos y Uriarte (1791-1831).

Ligado desde niño al servicio de la Casa Real en la Corte de Carlos IV, Torrijos fue un militar condecorado hasta la saciedad en la Guerra de la Independencia (1808-1814). En el

¹ Este trabajo se ha realizado en el marco del proyecto HAR2015-65957-P (Historia del futuro: la utopía y sus alternativas en los horizontes de expectativa del mundo contemporáneo, siglos XIX-XXI). Supone también una ampliación y revisión de las ideas que ya fueron expuestas en la comunicación «Torrijos y la memoria de Napoleón» en las Jornadas Internacionales de la A-ECHF, celebradas en la facultad de filosofía y letras de la Universidad de Oviedo el 17 de marzo de 2017.

Sexenio absolutista (1814-1820) fue colaborador de la conspiración liberal de Van Halen en 1818 y cabeza de la de 1820 en Murcia. En el Trienio liberal fue un destacado político que llegó a ser ministro de guerra en el gobierno interino de Flórez Estrada y uno de los pocos generales que hizo frente al avance imparable de los Cien Mil Hijos de San Luis en 1823 contra el régimen constitucional.

En 1825 se hallaba exiliado en Inglaterra, en un paréntesis de su actividad política activa que le llevó a la traducción de las memorias que Napoleón dictara en Santa Elena a los generales Baron Gourgaud y Conde de Montholon;² años después traduciría también las del general William Miller escritas por su hermano John. Es en las primeras en las que voy a reparar en este artículo. Esto es no solo por lo que debieron de suponer para este líder liberal los recuerdos interesadamente expuestos por el genio romántico por excelencia, sino también por la biografía introductoria que el propio Torrijos añade y en la que muestra los sentimientos enfrentados de fascinación y recelo que le inspiraba el Emperador. Sentimientos compartidos con la mayoría de los liberales españoles que vivieron con horror la restauración del absolutismo monárquico una vez ganada la guerra.

En este memorial, Bonaparte se describe a sí mismo como un garante del liberalismo y el progreso tanto en Francia como en Italia —pues es en las campañas italianas previas a su ascenso al consulado en las que se centra— y también como un portador de la civilización en su viaje a Egipto, país que describe extensamente en el segundo volumen. Un discurso que en gran parte es aceptado por Torrijos en su introducción a la obra y en la carta que escribió al general Miller pidiéndole ayuda para publicarla, pero con importantes matices. El resultado final es la descripción del político romántico al servicio de la revolución liberal, fundamental para entender mejor a Torrijos, que desde 1827 se dedicó de lleno a la conspiración para tumbar el absolutismo en la España de Fernando VII.

En este momento de su vida, Torrijos, un hombre de acción, se nos muestra como un teórico político muy consciente del cambio histórico en el que participa, celebrando a un nuevo tipo de hombre que pretende destacar por la virtud personal, la capacidad de sacrificio y la audacia individual. Los valores republicanos del héroe que se dispone a tumbar la tiranía (Castells Oliván, 2000: 81).

Son varios los objetivos de este artículo. Busco comprender mejor el ideal de político romántico que defiende Torrijos, que partió del modelo definido por Napoleón en su memorial y de los múltiples debates sobre el liberalismo del Emperador en la España del Trienio.³ A partir del estudio de estas reflexiones primero, y de la traducción y biografía después, concluiré como entendía dicho ideal y como afectó decisivamente a su actividad conspiradora. También analizaré la carta en la que expuso su proyecto al general Miller.

Iré contraponiendo estos textos con la bibliografía más reciente sobre Bonaparte y su leyenda para exponer hasta qué punto Torrijos partió de una visión muy distorsionada del corso, a quien tomó como modelo. Esta concepción distorsionada de la realidad que asumió el español entiendo que fue decisiva a la hora de plantear su propia actividad conspiradora, como intentaré defender en las siguientes páginas.

Debo también explicar en esta introducción que del memorial que nos ocupa me voy a centrar especialmente en lo que refiere sobre la campaña italiana de 1796-1797, aunque

² Biblioteca Nacional de España (en adelante, BNE), Mss. 12901, 12902, 12905: *Memorias de Napoleón dictadas a los generales Baron Gourgaud y Conde de Montholon*, 1825-1826 (3 vols.). Aprovecho para explicar que las citas del primer y del tercer volumen hacen referencia a los folios (ff.) del documento, mientras que los del segundo referencian las páginas (pp.). Así es como están marcados los manuscritos en la BNE.

³ Es cierto que el Romanticismo político aplicado a la actividad conspiradora de Torrijos ya ha sido bien estudiado por Irene Castells (1982), pero yo busco una visión más amplia, enlazándola con la leyenda napoleónica y centrándome en lo escrito por él mismo.

también haré menciones a la narración sobre la expedición a Egipto de 1798. Esto se debe fundamentalmente a que la primera —en la que Bonaparte se presentaba como un libertador del pueblo italiano frente a la reaccionaria Austria portando los principios revolucionarios— resultaba mucho más familiar a Torrijos que la segunda, en la que se muestra una perspectiva colonizadora más ajena a nuestro personaje.

Este trabajo esboza por tanto un capítulo de lo que podríamos considerar la biografía intelectual de Torrijos, y pretende llenar un hueco hasta ahora desatendido en todos los estudios de los que ha sido objeto: el cómo estuvo marcado decisivamente por la leyenda napoleónica.

EL MITO LIBERAL DE NAPOLEÓN EN LA ESPAÑA DEL TRIENIO Y LA TRADUCCIÓN DE TORRIJOS

Entre 1824 y 1826 Torrijos vivió en la población inglesa de Blackheath con su esposa, Luisa Sáenz de Viniegra, donde se dedicó al estudio del idioma inglés y a la traducción. El futuro mártir del liberalismo no alcanzaría verdadera relevancia política entre los españoles exiliados hasta 1827.

Nos encontramos en un contexto en que la emancipación de toda la América hispánica continental era ya una realidad. Esto suponía un rico mercado para el empresariado británico, incluido el editorial, que se lanzó a la venta de todo tipo de publicaciones en el nuevo continente y se sirvió de muchos exiliados españoles para la traducción de obras al castellano. De hecho, llegó a ser común la expresión de «traductor para América» (Llorens, 1968: 156).

Efectivamente, el español era un idioma revalorizado en esta época por su potencial comercial y literario, lo que permitió a muchos emigrados vivir de impartirlo en clases y de traducir en un contexto en que los perseguidos por Fernando VII se hallaban en un estado por lo general de extrema pobreza (Llorens, 1968: 60-72). Londres se convirtió así —gracias también a las actividades del empresario alemán Rudolph Ackermann (Durán López, 2015; Ramírez Aledón, 2016: 617)— en el principal núcleo editorial de libros destinados al mercado hispanohablante en general y a Hispanoamérica en particular.

En estos años de interregno revolucionario, la traducción y difusión de los distintos memoriales de Napoleón generaba incomodidad entre las autoridades europeas, especialmente en Francia. El ya desaparecido Emperador se había consagrado a sí mismo como un mito del liberalismo al comprender que esta doctrina política terminaría por imponerse, si no en Europa al menos en una Francia donde quería que su hijo estuviese legitimado para gobernar (Castells Oliván y Roca Vernet, 2004: 6). Ese mito ya había demostrado su potencial en la invasión francesa de España de 1823 (solo dos años después de la muerte del corso) cuando las tropas de Angulema se encontraron en el Bidasoa con una oposición de franceses y piamontesas alzando la bandera tricolor y con los uniformes de la época imperial. Poco antes, ciertos sectores del liberalismo habían querido servirse del recuerdo de Napoleón para extender la revolución a Francia.⁴ De hecho, en el

⁴ Conviene recordar que Luisa Sáenz de Viniegra explica que en el asedio de Cartagena en 1823, Torrijos intentó fomentar las desertiones en el enemigo reanimando estas afinidades liberales que ya se habían manifestado en el ejército francés antes de la invasión (Sáenz de Viniegra, 1860a: 228); entra dentro de las posibilidades que ya entonces intentase apoyarse precisamente en el mito liberal de Napoleón. Esta defensa de Cartagena resultó sin embargo muy polémica a raíz de las críticas que sobre Torrijos vertió el exaltado Romero Alpuente, acusándole, como recuerda Gil Novales, de haberla llevado con suma negligencia para verse obligado a parlamentar con los sitiadores (Gil Novales, 1975: 370). Lo cierto es que Torrijos no rindió la plaza hasta noviembre de 1823, un mes después de la disolución del gobierno constitucional; Viniegra dedicó largas páginas a justificar esta capitulación, que sólo habría llegado después de la frustración de todos los intentos de Torrijos de reanimar una lucha que se había visto frenada ante la rendición

país vecino el bonapartismo había evolucionado hacia postulados más populares y proto-republicanos desde el período de los Cien Días —momento en que Napoleón alcanzó unas cotas de popularidad entre las clases trabajadoras de París desconocidas en el resto de su reinado (Sibalis, 2018: 23-40)—, y así continuaría haciéndolo en la década siguiente (Hazareesingh, 2004: 131).

El Emperador cautivo y destronado se había hecho deseado en un fenómeno que bien puede compararse con el fatal mito de Fernando VII o con el de su propio hermano José, que fue para muchos liberales moderados y exaltados el candidato ideal para poner fin definitivo a la dinastía borbónica en España después de 1823 (Simal Durán, 2012: 114; Fernández Sebastián, 2014: 383; Castells Oliván y Roca Vernet, 2004: 10). Hasta tal punto los liberales habían redefinido su postura con respecto a Napoleón a lo largo del Trienio, que un sector no desdeñable encontraba su regreso deseable para servir de contrapeso al absolutismo hostil de la Santa Alianza. Así, con motivo de que los independentistas griegos intentaban rescatarlo de Santa Elena para ponerle al mando de sus tropas, *El diario constitucional de Barcelona* razonaba en un artículo reproducido también por *El Universal*:

En otras ocasiones hemos manifestado en nuestro periódico nuestra opinion con respecto al prisionero de Sta. Elena, personage tan eminentemente histórico, como el hijo de Filipo de Macedonia ó el conquistador de la Galia. Por lo que á nos toca, jamas olvidaremos que hemos debido una CONSTITUCION inmortal á su injusta agresion. Con respecto al resto de la Europa, *diremos francamente que su despotismo militar franco y abierto valia mucho mas que ese otro de Leibach*, en que bajo ciertas fórmulas y palabrotas de *legitimidad y derechos reales*, se nos quisiera hacer retrogradar hasta el tiempo de Atila y de los Hunnos. [...] La aparicion de Napoleon hoy dia seria tal vez el mejor dique que pudiera oponerse á la ambicion inmensa de la Rusia, á la politica capciosa de Metternich, á la insufrible insolencia de los *ultras* franceses, y la mejor salvaguardia de la libertad constitucional de la Europa.⁵

La invasión austriaca de Nápoles y Piamonte organizada en el Congreso de Laibach en 1821 ante el aplauso de la Europa absolutista había evidenciado que a la caída de Bonaparte no iba a seguir necesariamente la paz en el continente, y que de hecho su derrota definitiva en 1815 había hecho del constitucionalismo prácticamente un imposible. Téngase en cuenta además que 1821 es también el año de la muerte de Napoleón, y que en el imaginario del liberalismo español la exaltación de los héroes caídos fue muy recurrente a la hora de reafirmar los principios revolucionarios (Butrón Prida, 2001: 172-173).

Otro acontecimiento que sin duda tuvo repercusiones en la leyenda napoleónica entre los liberales españoles fue el regreso en 1820 de los josefinos (termino más preciso que *afrancesados*). La valoración que estos antiguos colaboradores de la monarquía bonapartista española podían tener del antiguo Emperador francés había ido sufriendo una mutación interesante a lo largo del primer exilio al que les forzó el Sexenio absolutista. De este modo, aunque destacados josefinos habían sido entusiastas admiradores del Emperador, una parte importante del apoyo a José I se fundamentaba precisamente en la búsqueda de garantías frente al abusivo comportamiento de Napoleón en España (Barbastro Gil, 1993: 53-54; Fernández Sirvent, 2008: 103). Sin embargo, contrariando el estudio clásico de

de la mayoría de los generales españoles, explicando que no tenía sentido un sacrificio en vidas humanas que nada podría haber aportado entonces a la patria.

⁵ Anónimo, *El Universal*, 23 de junio de 1821, nº 174, p. 4. (El primer resaltado es mío.)

Miguel Artola (1976: 267-271), Luis Barbastro Gil sostiene que ya en los Cien Días una cantidad no desdeñable de estos exiliados apoyaron el regreso constitucional de Napoleón a Francia (1993:17-22). Juan Francisco Fuentes considera directamente que este apoyo fue mayoritario (2007: 146). No es casualidad que muchos de ellos colaboraran a lo largo del Trienio en el periódico *El Censor* (dirigido por el antiguo josefino Sebastián Miñano), que, como iré exponiendo, fue un periódico que reivindicó con asiduidad la figura histórica de Bonaparte, esgrimiendo argumentos que se repetirán en la biografía que Torrijos dedicaría al Emperador desde el exilio.

La posición de los liberales con respecto al legado napoleónico dio pie a interesantes reflexiones en la prensa de esta época. En una Europa en la que se imponía un clima político asfixiante en el que toda novedad política era observada y amenazada con recelo reaccionario, *El Censor* empezó a juzgar de manera relativamente positiva el constitucionalismo napoleónico, hasta el punto de afirmar que los españoles tuvieron su primera Constitución en el Estatuto de Bayona.⁶ Ciertamente, este texto suponía un jalón importante en la construcción de un Estado posrevolucionario que dejase atrás los desórdenes provocados tanto por los defensores acérrimos de la tradición y el privilegio como por una masa potencialmente violenta. El peso de los retornados josefinos en la recuperación de la figura de Napoleón es muy visible en esta idea (Busaall, 2014: 348), y tendrá su eco en los años treinta, cuando nos encontramos con que antiguos doceañistas afirmaban que la nación española le debía a Bonaparte una verdadera revolución contra el absolutismo gracias a esta Constitución (Busaall, 2008: 441).

A lo largo del Trienio, Napoleón fue reconocido progresivamente por cierta prensa como un hombre extraordinario que había frenado la ambición de las potencias absolutistas, como Prusia, Austria y Rusia, y minado el poder de Inglaterra, enemiga tradicional de España. También se argüía que Bonaparte había caído derrotado por unos pueblos que tenían derecho a legislar sobre ellos mismos, y no por los tiranos de Europa, a quienes el otrora Emperador aventajaba como autoridad política.⁷ El aborto de la revolución en Piamonte —revolución que se había definido precisamente como una oposición a las injerencias de Austria (Butrón Prida, 2012)— y sobre todo en Nápoles, favoreció una fuerte nostalgia por el viejo azote de las naciones que en 1820 conformaban la Santa Alianza y atentaban contra la independencia de los pueblos y el liberalismo.

La aceptación del mito liberal de Bonaparte era en su mayor parte una reacción a la hostilidad con que el régimen de Cádiz estaba siendo recibido en gran parte de Europa. En agosto de 1820 *El Censor* aún afirmaba que «Napoleon y la libertad eran incompatibles».⁸ En esa primera fase de la revolución, que precedió a las penosas intervenciones armadas y a la diáspora de emigrados políticos, Napoleón también había sido descalificado como «El déspota del Sena» en *El Cetro Constitucional*.⁹ En 1823, sin embargo, el proabsolutista *El Restaurador* denostaría la memoria de Bonaparte al definirlo como un referente de los exaltados y como un «tirano hijo progénito de la revolución; un tirano heredero de su impiedad, de sus máximas, de sus abominaciones!».¹⁰

Torrijos abordó este problema de memoria histórica en una Inglaterra que solo daba ayudas a los emigrados en su condición de antiguos aliados contra Napoleón.

⁶ Anónimo, *El Censor*, 11 de noviembre de 1820, p. 42. Anónimo, *El Censor*, 25 de noviembre de 1820, pp. 64-65. Anónimo, *El Censor*, 4 de agosto de 1821, pp. 327-355. Anónimo, *El Censor*.

⁷ Anónimo, *El Censor*, 13 de enero de 1821, p. 31. Anónimo, *El Censor*, 10 de febrero de 1821, pp. 28-33. Anónimo, *El Censor*, 21 de julio de 1821, p. 176.

⁸ Anónimo, *El Censor*, 19 de agosto de 1820, pp. 48-49.

⁹ Anónimo, *El Cetro Constitucional*, nº 1, pp. 8-9.

¹⁰ Anónimo, *El Restaurador*, 5 de agosto de 1823, p. 6.

La intención con la que llevó a cabo semejante tarea intelectual se la declara a su colega el general Miller:

El merito de esta obra interesante, fruto de seis años de trabajo no interrumpidos de Napoleon y los principios luminosos que abraza en todos los ramos de la administracion, asi como sus proyectos militares, consecuencia todo de su genio eminente, de su saber profundo y de su practica en los negocios, no solo llama mi atención, sino que crei rendir un servicio importante à mi país y à la America traduciendola al castellano para conocimiento de aquellos que no saben el francés, ó no lo conocen bastante para sacar todo el fruto posible de una obra tan preciosa.[...] De cuanta utilidad no podría ser para America el plan sencillo, metodico, uniforme y económico para la defensa de las cartas que Napoleon expresa!¹¹

Así pues, Torrijos encontraba que la gestión napoleónica y el líder que había estado detrás de la misma podían ser un referente para las nacientes repúblicas. No es casualidad, ya que las flamantes naciones americanas se presentaban como el mundo donde el verdadero liberalismo era posible (Fernández Sebastián, 2013: 428).

El texto está plagado de referencias a las Constituciones revolucionarias, a las distintas crisis políticas y a la actuación personal de Napoleón. En el caso de los memoriales hasta la época del consulado y en el de la obra de Torrijos hasta la derrota definitiva de Bonaparte en Waterloo en 1815 y su fallecimiento en Santa Elena en 1821. El resultado final es un tratado de historia reciente, pero también un manual de liderazgo y gobierno con el que se pretendía evitar ciertos errores que podían ser fatales.

La biografía de Napoleón escrita por Torrijos hay que clasificarla dentro de ese Romanticismo español en el exilio que en opinión de Martínez Torrón se caracteriza por su estilo ideológico y político, totalmente ligado al liberalismo y la vida pública y claramente marcado por la Guerra de la Independencia (1995: 68; 1999: 19). Es también heredera directa de las reflexiones de la prensa liberal sobre el curso durante el Trienio, especialmente de las publicadas por *El Censor*. Napoleón había sido el político victorioso sobre las potencias que en época de Torrijos formaban la Santa Alianza, el político romántico que derribaba a los regímenes tiránicos, dotado de unas virtudes extraordinarias. Tanto en el memorial como en la biografía se va definiendo y criticando a ese actor político a la vez que se va juzgando el legado histórico de Bonaparte, con sugestivos matices añadidos por Torrijos al interesado juicio del desaparecido Emperador. El político romántico que define Torrijos es un compendio entre lo que Napoleón, hombre extraordinario, afirmó haber hecho como general liberal y lo que en opinión de su biógrafo debió hacer para evitar convertirse en un déspota.

Las dificultades económicas a la hora de editarla y el hecho de que poco después de terminarla Torrijos retomase su agitado activismo político y conspirador privaron a este interesante texto de ver la luz como obra publicada. Tan solo la biografía introductoria pudo editarse con otros documentos del general, gracias de nuevo a los esfuerzos de Luisa Sáenz de Viniegra, que lo incluyó en el segundo tomo de la biografía de su esposo ya en el año 1860 (Sáenz de Viniegra, 1860b: 212-349). Los manuscritos están guardados en la Biblioteca Nacional.

¹¹ BNE, Mss. 12901: *Memorias de Napoleón...*, 1825-1826, vol. I, «Carta del General Torrijos a Miller, pidiéndole ayuda para publicar su traducción de las Memorias de Napoleón, 10 septiembre 1826».

LA ANATOMÍA DEL POLÍTICO ROMÁNTICO

El genio romántico frente al caos

Torrijos y Napoleón compartieron una visión muy individualista de la historia. Para ellos, en el contexto revolucionario en el que les tocó vivir —con todas las inquietudes inherentes a ello— debería haber un líder dotado de cualidades geniales capaz de traer orden y estabilidad ligados a la idea de progreso. En un mundo que cambiaba a pasos agigantados, ellos pretendieron presentarse como los hombres capaces de implantar esta combinación y de personificar el objetivo ideal de la revolución frente a aquellos que, en su opinión, intentaban adulterarla. Recuérdese una de las máximas de Bonaparte: «Yo soy la Revolución Francesa y yo la sostendré» (Bell, 2015: 13).

Una de las cualidades políticas más valoradas —como iré exponiendo— tanto por Torrijos como por Napoleón era la determinación. Así, por ejemplo, todos los avances que comenzaron en París en 1789 son atribuidos por el francés a los diputados de la Asamblea constituyente, «hombres dotados de los mayores talentos». ¹² Sin embargo, aunque Bonaparte considera que los girondinos estaban más preparados, los jacobinos habrían conseguido imponerse por disponer de una voluntad más decidida. ¹³ Fue el triunfo de esta voluntad lo que precedió al Terror del 93, el reverso tenebroso de la nueva política que deslegitimó a la Revolución Francesa como referencia en opinión del propio Torrijos. ¹⁴

El genio romántico se impone al caos, no lo protagoniza. Si para Napoleón los jacobinos son responsables de haber entregado la libertad a la anarquía, él es el hombre cuyas virtudes superiores devuelven la paz y la tranquilidad a una Francia libre. Es este precisamente uno de los ejes de la leyenda napoleónica, pues ya desde la época del consulado se presentaba como el restaurador del orden frente al caos imperante en los años previos (Dwyer, 2014: 8-9), y sería esta insistencia en su propia genialidad y singularidad uno de los argumentos para justificar la posterior transición al Imperio (Woloch, 2004: 35).

Otro buen ejemplo de esto, expuesto en el memorial que nos ocupa, es precisamente cuando una vez ya había triunfado el golpe de Termidor (1794), el jacobinismo dio uno de sus últimos violentos coletazos en Marsella. En esta ciudad una gran masa de obreros animados por ciudadanos ligados al partido de la Montaña se dirigió a linchar a una veintena de emigrados. Sin embargo, el general de la República no permitiría semejante crimen:

Cuando en estas circunstancias Napoleon reconoció entre las gentes del tumulto muchos artilleros que habían servido á sus ordenes en el sitio de Tolon. Entonces subió sobre una grada, y los artilleros hicieron respetar a su general é impusieron silencio, y hubo fortuna de producir efecto de calmar las pasiones de aquella ciega multitud, y los representantes salieron sanos y salvos del arsenal. [...] Napoleon fue allí, y el pueblo se contuvo. ¹⁵

Quiero recalcar aquí el peso que Bonaparte otorga a la ley como garante del binomio orden-libertad que garantiza el gran líder al servicio de la patria. El político romántico ata con la cuerda de la legalidad las ciegas pasiones de la multitud, que solo conducen al terror. De hecho, la escena en la que acabo de reparar debió de resultar muy familiar a

¹² BNE, Mss. 12905: *Memorias de Napoleón...*, 1825-1826, vol. 3, f. 3.

¹³ *Ibidem*, f. 4.

¹⁴ *Ibidem*, f. 3.

¹⁵ *Ibidem*, f. 28.

Torrijos, quien —y siempre siguiendo con lo expuesto por Sáenz de Viniestra— habría evitado personalmente tres linchamientos: el 2 de mayo de 1808, el 29 de febrero de 1820 y el 3 de septiembre del mismo año. Habría que sumar también las disposiciones que tomó el 4 de mayo de 1821, las cuales evitaron más derramamiento de sangre en las calles de Madrid el día del asesinato del padre Vinuesa (Viniestra, 1860a: 73-74).

Desde finales del siglo XVIII, la masa demuestra su poder para tumbar regímenes y disolver la legalidad vigente y, aunque esto también suponga que se la redefine como combativa y leal por unos líderes revolucionarios que la necesitan para impulsar el cambio, será temida por la fuerza que ha demostrado (Peña Guerrero, 2013: 40; Fuentes, 2004: 95-96). Con el triunfo cercano de los sistemas representativos la tiranía irracional de la masa será concebida como un peligro equiparable al despotismo monárquico (Sierra Alonso, 2014: 73-90).

Precisamente, uno de los pilares de este Romanticismo político es que el orden necesita de estadistas capaces de hacer frente a esa multitud y el político romántico, dotado de una aparente confianza en sí mismo y también de heroísmo, dice triunfar en esta empresa. Sabe dirigir al pueblo, que al final es la fuente de legitimidad, y se supone también capaz de protegerlo. Pero no es solo entre la población civil donde el orden debe imponerse, también en un ejército que mal dirigido carece de disciplina y motivación y deja de ser un garante de la seguridad nacional. Esta es la ilusión que Napoleón pretende transmitir en sus memoriales, pero no es más que eso, una ilusión. El siguiente fragmento —en el que Napoleón expone el cambio inmediato que habría supuesto su llegada al ejército de Italia— es muy revelador:

Los soldados, que durante los diez días de la campaña habian estado sin raciones, las recibieron religiosamente, y el pillage y el desorden consecuencia ordinaria de la rapidez de los movimientos cesaron, la disciplina se restablecio, y el ejercito cambio inmediatamente de aspecto en medio de la abundancia y los recursos que ofrecia aquel hermoso pais.¹⁶

Sin embargo, la realidad es que a la llegada de Napoleón el ejército de Italia no cejó en el saqueo, ni mucho menos (Dwyer, 2008: 196-202). Lo que me interesa recalcar en este artículo es que Torrijos así lo creía. Esas campañas italianas de 1796-1797 no fueron solo militares, sino también propagandísticas, y sirvieron para crear el mito de Bonaparte como una figura invencible y prácticamente sobrehumana dentro de la opinión pública francesa (Nicholls, 1999: 267). El ideal que se marcó Torrijos era propaganda. Creyó tomar sus lecciones políticas de la historia y las tomó, en gran parte, de la literatura y la ficción. Más adelante seguiré exponiendo ejemplos de estas narraciones que pudieron llevar a Torrijos a sobreestimar el papel que él mismo podía jugar en el restablecimiento del liberalismo en España.

Me interesa recalcar que el romántico liberal es un líder que pretende brillar por su virtud y que busca movilizar y motivar a un pueblo que se encuentre bien orientado después de un pronunciamiento de su ejército, consiguiendo así un pacífico cambio de régimen. Un caudillo que encarna la idea del pueblo en armas (Fuentes, 2008: 30). De este modo se concibió en España y en gran parte de Europa la conquista del poder por parte de los liberales durante la década de 1820 y hasta 1831, año de la intentona del propio Torrijos. El ejemplo de Napoleón, que reuniría las cualidades enumeradas, tuvo un gran

¹⁶ *Ibidem*, f. 58.

peso. Él inicia el modelo de «general liberal» que debe dirigir al pueblo en la lucha por el cambio político adecuado (Cañas de Pablos, 2011: 5).

Es imposible evitar la comparación entre la huida del Emperador de la isla de Elba en 1815 y su avance imparable hasta París con el proyecto puesto a prueba en diciembre de 1831 por Torrijos. El español partió del Peñón de Gibraltar para desembarcar en la Península, donde esperaba que el apoyo interno forzase la rendición del régimen de Fernando VII en Madrid. Como es bien sabido, esta fue su última aventura y se selló con un rotundo fracaso.

Muy probablemente, Torrijos tenía en mente esta experiencia previa del Emperador, cuyo punto culminante habría sido el célebre y fantasioso episodio de Grenoble.¹⁷ En su biografía de Napoleón, Torrijos ignora —como muchos en aquella época e incluso en esta— que lo de Grenoble había sido otra genial escenificación de Bonaparte. El corso llevaba días en comunicación con el ejército que tenía órdenes de detenerle, y conocía así la buena disposición de aquellos soldados hacia él. Sabía perfectamente que no le iban a disparar (Dwell, 2014: 531). Sin embargo, según la leyenda había conseguido deslumbrarlos con un sorprendente gesto de valor.

El Romanticismo político no puede entenderse sin el mito de Napoleón, que hace verosímil que líderes de gran personalidad y movidos por la idea de la virtud cívica se dispongan a derribar el despotismo. Es una concepción romántica del cambio histórico que Torrijos aceptó plenamente y sin la cual no se le puede entender en absoluto.

En mi opinión, Torrijos estuvo imbuido totalmente de esta leyenda napoleónica, la cual distorsionó decisivamente su percepción de la realidad. En su biografía del Emperador de los franceses, Philip Dwyer comienza señalando que Napoleón es de esas figuras cuya leyenda es tan persistente que suele confundir la realidad histórica (Dwyer, 2008: 1). Y es que Bonaparte resultó ser ante todo un genial publicista de sí mismo que supo manejar como nadie su propia celebridad en la primera gran era moderna de la fama (Bell, 2015: 4). El modelo político del que partió Torrijos era pues, en gran parte, pura fantasía. Tan solo en los relatos que construyen la leyenda napoleónica la mera aparición en escena del Emperador implica un radical giro en los acontecimientos.

El liderazgo

El 21 de enero de 1793 tuvo lugar un hecho que no tenía precedentes. Un rey depuesto era ejecutado en la guillotina después de ser juzgado y condenado por la revolucionaria Convención. Se puede sacar a colación el caso de Carlos I de Inglaterra en el siglo anterior, pero con todo él murió como rey y Luis XVI como ciudadano Capeto.

Era inevitable que en un contexto de revoluciones acéfalas y anárquicas en una época en la que se tenía la angustiosa conciencia de que todo estaba cambiando a pasos gigantados, el ansia por un liderazgo firme encontrase un hueco en la sociedad. En el caso español, basta recordar lo que supuso el creciente descrédito de la monarquía de Carlos IV durante el valimiento de Manuel Godoy y la posterior ausencia de Fernando VII «el deseado» durante toda la Guerra de la Independencia. Se buscaron y se idealizaron líderes que debían regenerar a la Patria, caso del propio Fernando VII, Porlier, Lacy o Riego. Son héroes objeto de una popularidad totalmente moderna. No podemos obviar

¹⁷ Ocurrió el 7 de marzo de 1815, en la ruta del Emperador desde el Golfo Juan a París. En Grenoble, se encontró con un ejército francés que tenía la orden de detenerle. Napoleón se adelantó ordenando a sus propios hombres que bajasen las armas y se dirigió así al cuerpo que tenía enfrente, mientras se descubría el pecho: «¿Hay alguno entre vosotros que quiera matar a su general, a su emperador?». En vez de disparos, lo que siguió fue el grito unánime de «¡Viva el Emperador!». Bonaparte ya estaba preparado para recuperar su trono.

que a partir de esta época a la política se le añade un fuerte componente emocional del que hasta entonces había carecido (Isabella, 2009: 427-433). En este contexto en que las tradicionales autoridades desaparecen (o directamente se cortan sus cabezas) surge con fuerza un nuevo actor, el «caudillo», término que, como recuerda Fernández Sebastián, proviene no por casualidad de la raíz latina *caput* (cabeza) (2010: 187; 2012: 267-268). El carisma era una nueva fuente de legitimidad. Torrijos fue muy consciente de esto y encontraba una vez más en Napoleón el germen de una nueva manera de entender la política: «Su aparición en la escena pública causó una revolución absoluta en las maneras, la conducta y el lenguaje».¹⁸

En opinión de Torrijos, el liderazgo no debe ser solo un compendio de determinación, constancia y acción, pues el político romántico tiene unos objetivos definidos y son los mismos los que le animan a continuar sin dejarse vencer. Aún era demasiado pronto para que pensase en la aparente pasividad de Mina, aunque seguramente su experiencia como militar al servicio de la España constitucional le traía muchos ejemplos a la memoria cuando escribía lo siguiente:

Constante en sus resoluciones como fruto del convencimiento, y abundando en los medios para ejecutarlas, Napoleón emprendió el movimiento, que progresivamente por el camino no interrumpido de triunfos y de glorias, debía conducirle al fin que se había propuesto. Cuantos generales mandan sin proponerse ningún objeto, y sacrifican gente sin frutos y sin glorias!¹⁹

Se está refiriendo aquí a las primeras campañas del joven Bonaparte. Los «triumfos y las glorias» a los que alude serían la defensa de la independencia de la patria y sus instituciones, que emanaban de la nación. Estos «triumfos y glorias» insuflan el genio romántico. El no sentir esos valores supone una debilidad que no puede tolerarse en un ejército revolucionario. En el Romanticismo por el sentimiento se conoce, se combate y se vence. Solo así podemos entender que en su expedición final Torrijos pretendiese iniciar una revolución con solo sesenta y un hombres.²⁰

Desde las primeras páginas de las *Memorias* se va esbozando una justificación del poder absoluto. La falta del mismo supone la necesidad de un guía en unos tiempos claramente convulsos. Napoleón considera que las disputas entre girondinos y jacobinos eran muy perjudiciales para los intereses de Francia, y que era totalmente necesario que una de las dos facciones se impusiese y expulsase a la otra si se quería ganar la guerra.²¹ También argumenta que la falta de un liderazgo claro fue la principal carencia de la Constitución de 1795, que establecía cinco jefes, esto es «cinco intereses, de cinco pasiones y de cinco caracteres [«distintos» tachado] diversos; [...] y que no inspire ni confianza, ni amor, ni ilusión».²²

Esto no era del todo ajeno a Torrijos, pues las disputas entre liberales moderados y exaltados a lo largo del Trienio liberal en España fue una de las principales razones de la debilidad e inestabilidad del régimen. No debe extrañar que entonces hubiese participado tanto en la sociedad política de la masonería —más ligados a los moderados— como en la de los comuneros —donde abundaban los exaltados—, y destacase dentro de una

¹⁸ BNE, Mss. 12901: *Memorias de Napoleón...*, 1825-1826, vol. 1, f. 16.

¹⁹ *Ibidem*, f. 14.

²⁰ Parece que el problema del número de compañeros de Torrijos en su expedición final ha sido resuelto satisfactoriamente por la Asociación Torrijos 1831 (Alcántara Alcaide; Pacheco Fernández, 2007: 40-44)

²¹ BNE, Mss. 12901: *Memorias de Napoleón...*, 1825-1826, vol. 3, f. 3.

²² *Ibidem*, f. 225. (El resaltado es mío.)

corriente contemporizadora que buscaba la cooperación entre ambas (Bustos, 2017: 59). De hecho, Fernández Sarasola destaca que la unión del primer liberalismo de las Cortes de Cádiz es lo que explica su éxito a la hora de imponerse a los postulados realistas en su acción legislativa (2011: 569).

Torrijos había despreciado a los gabinetes moderados del Trienio precisamente por la hostilidad al liberalismo exaltado que les caracterizó, y a su actitud pasiva ante la contrarrevolución, lo que le llevó a plantearse participar en un golpe de Estado si después de julio de 1822 éstos permanecían en el gobierno (Sáenz de Viniegra, 1860a: 148). De hecho, el liberalismo exaltado —con el que compartía puntos de vista— veía en la dictadura una buena solución provisional para la inestabilidad política de España, algo que en gran parte se debía a la fascinación creciente por la figura de Napoleón (Roca Vernet, 2014: 116). En la biografía que hace del mismo, Torrijos defiende la dictadura como un régimen provisional para solucionar determinados problemas y la distingue de los regímenes despóticos, como el imperial napoleónico.²³ Pero, ¿quién debería ejercer la dictadura? Nada dice al respecto en dicho texto. Sin embargo, difícilmente pensaría en algún régimen encabezado por militares como Bonaparte. Para Torrijos, como para la mayoría de los liberales españoles, el ejército era un instrumento para establecer el Nuevo Régimen, no para regir el país. Así, por ejemplo, en su proclama de 1830 proclamaba a sus soldados que «asegurar a la patria la libertad e independencia necesarias para que se constituya como estime oportuno es únicamente la parte que nos corresponde, pues la fuerza armada debe ser esencialmente obediente».²⁴

En el memorial se considera que es la determinación la que favoreció el triunfo de los jacobinos y la que caracterizó las gestas de Napoleón. Serían las ideas sobre la determinación que tenía Torrijos las que con el tiempo sellarían las diferencias entre éste y Espoz y Mina. Este viejo guerrillero navarro era el otro gran líder de los liberales españoles en el exilio, y se caracterizó por posponer constantemente las operaciones para intervenir en España y restablecer el constitucionalismo. El Romanticismo exige acción en la política y en la guerra y siempre atribuye la derrota a los que dudan y titubean, como hace Napoleón en sus memoriales. Detrás de todo esto se dibuja un marcado mesianismo que roza lo religioso. El paraíso liberal tiene que venir de alguien marcado por el destino (Cañas de Pablos, 2011: 15 y 21).

Es la capacidad del líder la que finalmente determina el resultado de una determinada operación. Torrijos así lo creyó, como se desprende de su entusiasmo al narrar la llegada de Napoleón a Italia:

En menos de un mes por la actividad y pericia del general, dió el ejército de Italia tres grandes batallas, flanqueó los Alpes, sostuvo varias reñidas acciones contra fuerzas muy superiores en número, hizo quince mil prisioneros, mató o hirió diez mil hombres, se apoderó de cincuenta y cinco piezas de cañón, y veinte y una banderas, y se puso en comunicacion directa con la Francia. ¡Que efectos tan asombrosos puede producir en la guerra un solo hombre!²⁵

Quiero centrarme en la última frase de este fragmento y volver a relacionarla con el final de quien la escribe. Primero, porque creo verdaderamente que este exceso de confianza en la figura del líder y sus acciones individuales le llevó a calcular mal los riesgos.

²³ BNE, Mss. 12901: *Memorias de Napoleón...*, 1825-1826, vol. 1, f. 73.

²⁴ AHN, Estado, leg. 3075: *Proclama de Torrijos, 1830*. Cit. por Castells Oliván (1989: 273).

²⁵ BNE, Mss. 12901: *Memorias de Napoleón...*, 1825-1826, vol. 1, f. 14. (El resaltado es mío.)

Segundo, porque parte una vez más de la propaganda napoleónica sobre la campaña italiana, no sobre su desarrollo real, el cual no estuvo marcado por desafíos tan exagerados ni libre tampoco de hechos embarazosos para Napoleón (Dwyer, 2008: 196-197).

Bonaparte atribuye a su liderazgo el giro de la fortuna de los franceses en Italia, mientras que en Alemania seguían siendo derrotados por las carencias del mando responsable. Napoleón se presenta como un motivador nato, alguien capaz de insuflar todo su heroísmo personal a sus soldados. Es la cabeza a la que todos siguen, sabe cuándo debe ser duro y cuándo debe alabar a sus hombres y siempre, en todos sus discursos en la campaña italiana, les hace ser conscientes de su papel protagonista en la historia. En el Romanticismo ésta se convierte en una herramienta política de primera magnitud y Torrijos no olvida en su biografía una de las sentencias más famosas del corso, cuando se encuentra en Guiza con sus soldados y exclama: «Soldados! De lo alto de esas pirámides cuarenta siglos os contemplan».²⁶

Con la historia, Napoleón justificaba su campaña en Italia, pues declaraba que sus referentes eran los antiguos y modélicos Bruto y Escipión. Como garante de su recuerdo debía despertar al pueblo romano, envilecido y adormecido después de unos siglos de opresión a los que él iba a poner fin.²⁷ Argumentos similares —retrotraer el país invadido a una antigüedad gloriosa— se repiten cuando narra su campaña a Egipto:

Hace doscientos años que el Egipto [tachón] va en decadencia [...]. Cuando la expedición de los franceses tenía de 2.500.000 à 2.800.000. habitantes; pero si continua à ser regido de la misma manera, dentro de cinquenta años no tendra mas que 1.500.000.

Construyendo un canal para hacer caer las aguas del Nilo en el grande Oasis, se adquiriría un basto reino; y es muy racional [«admitir» tachado] creer que el tiempo de Sesostris y de Tolomeo el Egipto haya podido mantener doce ò quinze millones de habitantes.²⁸

Con la nueva relevancia que obtiene la historia también lo obtiene el concepto de honor nacional. La guerra en Italia también se reconoce como una especie de venganza contra las intromisiones austriacas en los asuntos franceses, atentando directamente contra su revolución. El liberal lucha por su patria, el mayor honor al que puede aspirar es a luchar por la libertad y la dignidad de la misma; tal es la gloria a la que deben aspirar los soldados del ejército revolucionario. Torrijos lo resumió muy bien en la proclama de 1830 antes mencionada: «Las necesidades de la Nación nos llaman nuevamente al Campo, y nuestro honor nos impone la obligación de vencer».²⁹

El siguiente discurso de Napoleón es representativo de este compendio de nuevos valores:

Soldados, no estoy satisfecho de vuestra conducta, pues ni habeis mostrado disciplina, ni constancia, ni valor; ninguna posicion [«ha podido» tachado] ha sido bastante para que os rehicierais, y os habeis dejado poseer de un terror paranoico infundado, y [«dejado» tachado] desalojar de posiciones en que un puñado de valientes debería contener un egercito. Soldados del 39^a y de la 85^a [tachón] no

²⁶ *Ibidem*, f. 34.

²⁷ BNE, Mss. 12905: *Memorias de Napoleón...*, 1825-1826, vol. 3, ff. 66-67.

²⁸ BNE, Mss. 12902: *Memorias de Napoleón...*, 1825-1826, vol. 2, p. 168.

²⁹ AHN, Estado, leg. 3075: *Proclama de Torrijos, 1830*. Cit. por Castells Oliván (1989: 273).

sois soldados [una frase tachada] Franceses. General en jefe del estado mayor, hace escribir en sus vanderas: Estos no son ya del egercito de Italia.

Esta arenga pronunciada con un tono severo arranco las lagrimas [tachón] de aquellos soldados antiguos, y las leyes de la disciplina no pudieron acallar los acentos de su dolor, y muchos granaderos que tenían armas de honor gritaron: «General, nos han calumniado: ponednos en la vanguardia y veréis si la 39ª y la 85ª son del egercito de Italia.» [...] Estos dos regimientos días despues se cubrieron de gloria.³⁰

Él mismo nos cuenta también la impresión que causaba entre los enemigos en una escena bastante famosa dentro de la mitología napoleónica. Así, después de la batalla de Lodi:

Napoleon, haciendo su ronda de noche, llegó à un bibac de prisioneros en donde se hallaba un antiguo oficial ungaro muy hablador, y le pregunto que tal iban con sus negocios; [«y aunque» tachado] *el viejo capitan* no podía negar que iban [un tachón] muy mal; pero, añadia, *no hay medio de comprender nada, porque tenemos que abernoslas con un general joven, que tan pronto esta delante de nosotros, como à la espalda [...], à la verdad es insufrible.*³¹

Se suma así otro rasgo al valor y la audacia, la juventud, que es inseparable del Romanticismo. El romántico muere joven, también el político, no solo el poeta. Jóvenes murieron Porlier, Riego y Torrijos. «Mi gobierno será el de la juventud y el talento» le dijo Napoleón al líder de los contrarrevolucionarios de la Vendée, Barón de Neuville, en una entrevista el 26 de diciembre de 1799 (Dwyer, 2014: 21). Y es que la juventud para el Romanticismo es sinónimo de energía, de vitalidad, de un individualismo puro y noble y de rebelión contra el orden heredado. La juventud activa se opone así a una vejez que parece decrepita y su perdida es una tragedia.

La juventud romántica es una juventud destinada a regenerar la sociedad y la patria agregándole una buena dosis de virtud revolucionaria. Los jóvenes románticos rechazan los placeres dieciochescos —que consideran afeminados— y buscan el conflicto y la intensidad en la guerra, el patriotismo y en el amor. Son pura energía y vitalidad. El sentimiento se convierte en la gran fuente de conocimiento y de inspiración artística y política. Combaten por un ideal de libertad y se sienten protagonistas de la historia. Son también claro ejemplo de una nueva masculinidad en la que ésta se demuestra en unas hazañas políticas de las que las mujeres quedan totalmente excluidas (Sierra Alonso, 2012). Baste recordar como Sáenz de Viniegra, que acompañó a Torrijos durante todo su exilio, señala en la biografía que escribió sobre su esposo que ha «tratado en este trabajo hablar lo menos que he podido de mi persona.» (1860a: 563). Así cerraba una obra en cuyas primeras páginas declaraba tener cierto miedo a emprender semejante tarea, debido precisamente a lo inusual que era aquello para una mujer (2).

El ejemplo del joven desdichado Robert Boyd —que tras ir a combatir por la independencia de Grecia se unió al grupo de Torrijos que desembarcó en la península con ellos en diciembre de 1831 y fue fusilado con los demás— es otro ingrediente romántico más de aquella temeraria expedición. También lo son los miembros del excéntrico grupo radical de los «Apóstoles de Cambridge» que estaban ansiosos de acción, hasta el punto de que varios de ellos acompañaron a su admirado Torrijos a Francia y Gibraltar (Castells

30 BNE, Mss. 12901: *Memorias de Napoleón...*, 1825-1826, vol. 1, ff. 112-113.

31 BNE, Mss. 12905: *Memorias de Napoleón...*, 1825-1826, vol. 3, f. 66. (El resaltado es mío.)

Oliván, 1989: 138-139). El joven se compromete con la libertad y va a combatir por ella a tierras míticas y exóticas. Napoleón llevó a sus hombres a Egipto y a Italia en estos años de juventud y la decadencia de su liderazgo ha quedado ligada a su vejez.

El liberalismo y la lucha contra la tiranía

Después del fracaso de las revoluciones de 1820, Europa se encontraba regida por las potencias plenamente absolutistas de Austria, Prusia, Dinamarca, los reinos italianos, algunos estados y ciudades libres alemanas, los Estados Pontificios, Rusia, España y Portugal. Se encontraban también aquellas naciones (Francia, Países Bajos, Suecia) que aplicaban un relativo liberalismo regido por Cartas otorgadas que reconocían ciertas libertades, pero que se encontraban muy lejos del radicalismo de la Constitución española de 1812 y de la portuguesa de 1822. El particular caso constitucional británico iría aparte.

Tanto Torrijos como Napoleón habían combatido contra las potencias absolutistas que buscaban tumbar mediante la invasión militar los regímenes constitucionales y revolucionarios que imperaban en sus respectivos países. En ambos contextos, en que la Europa tradicional se enfrentaba a la revolucionaria, el sentimiento de fraternidad liberal supera las fronteras nacionales. Los revolucionarios entienden como una cuestión de necesidad que el liberalismo debe imperar en todo el continente si quiere consolidarse. Una vez más la leyenda napoleónica se muestra fundamental, ya que la cuestionable afirmación de Bonaparte —expuesta en los memoriales de Santa Elena— de que todo lo que había querido era lograr una federación europea de naciones libres encontró enorme eco entre los liberales inmediatamente posteriores a su muerte (Nicholls, 1999: XXI).

Así, en la época de Torrijos no fueron pocos los exiliados ligados a su persona que participaron en la revolución de 1830 en Francia y Bélgica, que apoyaron la Carta portuguesa de 1826 o que estrecharon lazos con los radicales ingleses. No hay que olvidar, por otra parte, como durante el Trienio se habían estrechado considerablemente los lazos entre los liberales españoles y los venidos de Nápoles, el Piamonte y otras zonas donde había habido escarceos revolucionarios. El apoyo entre las potencias contrarrevolucionarias para mantener el viejo orden también quedó garantizado durante un tiempo por la Santa Alianza.

Napoleón decía comprometerse con la libertad de los pueblos. En el segundo volumen, por ejemplo, se extiende en disertaciones sobre los «Aborrecimientos de los Califas contra las Bibliotecas» y del retraso que supone para el país el predominio de la cultura islámica, mientras que él era portador del cristianismo, «religion propia de un pueblo civilizado».³²

Al comentar las campañas italianas se presentaba como un libertador, representante de la Francia libre frente a la tiránica Austria, tradicional enemiga de los italianos y de los liberales. En el Tirol se distribuyó una proclama de la que el siguiente fragmento resume perfectamente este nuevo espíritu bélico:

Quereis la paz? Pues los franceses combaten exclusivamente por ella, y no por vuestro territorio para obligar a la Corte de Viena à acceder à los votos unánimes de la Europa desolada, y à que escuche el grito de sus pueblos! No venimos aquí, no, para engrandecernos; [«para» tachado] la naturaleza a trazado nuestros límites

³² BNE, Mss. 12902: *Memorias de Napoleón...*, 1825-1826, vol. 2, pp. 201-212.

en el Rhin y los Alpes, al mismo tiempo que ha puesto en el Tirol los de la casa de Austria.³³

Nuevo espíritu bélico porque se afirma que ya no se combate por la conquista o los derechos de un monarca. Esto ya no tiene ningún sentido dentro del imaginario liberal de que las naciones tienen unas fronteras naturales que es necedad y criminal extender, como se aprecia en el párrafo antes citado.

Nos encontramos con que se legitima la guerra y la agresión a partir de un discurso totalmente nuevo repleto de promesas entre las que no faltan la libertad y la independencia de los pueblos (Fernández Sebastián, 2012: 265). Se vende como una guerra fraternal contra la tiranía y la ocupación (*La Canción del Pirata* expone perfectamente este desprecio por la concepción tradicional de la guerra: «Allá muevan feroz guerra / ciegos reyes / por un palmo más de tierra»). La motivación y justificación de la guerra es el progreso. Napoleón declaraba, como ya he señalado antes, que se proponía sacar a Egipto y a Italia de su letargo y una vez más expone los efectos de increíble prosperidad que inmediatamente suponían su llegada con todo lo que él decía representar a la ciudad de Bolonia:

Durante los pocos días que Napoleón se detuvo en Bolonia aquella ciudad cambió absolutamente su aspecto; y jamás un cambio tan general, pudo operar con tanta prontitud en parte alguna sobre las costumbres y los [tachón] objetos de un pueblo. Todo el que no era cura, vistió el uniforme y ciño la espada, y en un gran número de ellos [«fueron arrastrados» tachado] se dejaron arrastrar por el espíritu y animaba al pueblo. La ciudad y los particulares, dieron un gran número de fiestas, las cuales tenían un cierto carácter de popularidad y de grandeza, vistos por primera vez en Italia.³⁴

Lo mismo pensaba Torrijos de todas las guerras en las que participó, oponiéndose a la ocupación francesa de España entre 1808 y 1814, defendiéndola otra vez en el Trienio frente a los ultras. El hecho de que se negase a viajar a América para combatir a los independentistas porque estos también combatían a un régimen absolutista es otro claro ejemplo de Romanticismo político. Esto iba acorde con su condena de la obra napoleónica, en tanto que el Emperador se había dispuesto a guerrear para conquistar territorios y no para defender los ideales revolucionarios.

La felicidad y la libertad de la nación, así como el imperio de las luces son los grandes objetos declarados de Napoleón para Francia, algo que Torrijos suscribía para España. Napoleón se presenta como un defensor del orden, de la libertad religiosa, de la propiedad y de las costumbres de los pueblos conquistados, pero también del florecimiento de la cultura. Resalta mucho su papel a la hora de llevarse obras de arte italianas a París,³⁵ o de impulsar el estudio del Antiguo Egipto.³⁶

Torrijos creía que los líderes de las nacientes repúblicas hispanoamericanas podían aprender mucho de la gestión política de Napoleón, aunque condena su labor en cuanto se apartó de los postulados de este liberalismo ideal:

Hasta ese momento, Napoleón fué el primer ciudadano de Francia, y uno de los mas grandes que la Historia nos consigna; pero desgraciadamente para él, para

33 BNE, Mss. 12905: *Memorias de Napoleón...*, 1825-1826, vol. 3, ff. 88-89.

34 *Ibidem*, f. 78.

35 *Ibidem*, f. 65.

36 BNE, Mss. 12902: *Memorias de Napoleón...*, 1825-1826, vol. 2, p. 226.

la Francia y para el mundo entero, cuando parte á la ambicioón (sic) y á intereses personales mal entendidos, abusó de su popularidad y de la confianza que sus conciudadanos depositaron en el vencedor de tantas batallas; y se preparó el camino al trono, [*«que había de deslumbrarle y mancillar su nombre»* tachado], con la publicación de la Constitución del año VIII.³⁷

En este punto Torrijos se distancia de los juicios de *El Censor*, que no condenaba en principio el régimen del consulado y afirmaba que el error fue el paso siguiente a la proclamación del imperio.³⁸ Torrijos considera que desde el principio del consulado Napoleón gobernó con la intención de hacerse con el poder de por vida. Torrijos juzgaba que incluso durante los Cien Días Napoleón gobernó al margen del pueblo, y que fue la suerte del nuevo régimen del Acta adicional a la suya propia. En esto se separa de uno de los postulados más importantes de la leyenda napoleónica, que ligaba precisamente a Napoleón con la idea de libertad a partir de su compromiso con dicho Acta adicional (Hazareesingh, 2005: 754-757).

Torrijos hace también una distinción interesante —al referirse a Napoleón— entre el general liberal al servicio de la República francesa en su campaña italiana y el déspota en que se convertirá con su ascenso al poder. En la carta al general Miller en la que le pide fondos para la publicación de la obra sigue señalando más motivos que le han llevado a traducir a Bonaparte:

me ha llevado el deseo de presentar al mundo y à la posteridad los efectos tristísimos que le produjo su ambicion, la consideracion del pueblo que se dejó deslumbrar con tanta gloria, y la criminalidad de los miserables que adorando su idolo causaron su ruina y la de la Patria.³⁹

En efecto, Torrijos consideraba a Napoleón «el primer capitán que ha producido el universo» por las innovaciones que supuso para la guerra y por sus victorias.⁴⁰ No podía dejar de admirar al general que había defendido a la República francesa en el campo de batalla, que se mantuvo mucho tiempo al margen de las disputas políticas y que una vez intervino para disolver el Directorio tomó algunas sanas determinaciones como cónsul al permitir el regreso de muchos emigrados, firmar la paz con todos los enemigos y restablecer las buenas relaciones de Francia con el Vaticano. Torrijos denuncia que lo que perdió a Napoleón fue el confundir sus intereses privados y los de su familia con los de Francia. Todo esto no deja de ser irónico, en tanto que ese general liberal aún no corrompido que Torrijos toma como modelo perfecto no dejaba de ser el producto de la publicidad con la que Bonaparte había buscado que la opinión pública francesa lo considerase el único hombre capaz de tomar las riendas del Estado.

Nos encontramos con un juicio similar en las biografías que del prisionero de Santa Elena publicó *El Censor* el 28 de julio y el 4 de agosto de 1821,⁴¹ cuando acababan de llegar a España las noticias sobre su muerte.

37 BNE, Mss. 12901: *Memorias de Napoleón...*, 1825-1826, vol. I, f. 38. (El resaltado es mío.)

38 Anónimo: «Mérito, fortuna, errores, crímenes, y desgracias de Napoleon Buonaparte», en *El Censor*, 28 de julio de 1821, p. 54. Anónimo, «Concluye el artículo del número anterior sobre el mérito y fortuna de Buonaparte», en *El Censor*, 4 de agosto de 1821, p. 336.

39 BNE, Mss. 12901: *Memorias de Napoleón...*, 1825-1826, vol. I, «Carta del general...».

40 *Ibidem*, f. 82.

41 Anónimo: «Mérito, fortuna, errores...», pp. 47-77. Anónimo, «Concluye el artículo...», pp. 327-355.

«Preciso es que se le acuse de hipócrita político, de ingrato, de ambicioso, de injusto, de déspota y de mal compañero»,⁴² continúa Torrijos, pues se había opuesto a la consagración del liberalismo en Francia con un régimen imperial que solo había mantenido ciertas garantías por el genio de Napoleón, pero que estaba condenando a aplastarlas en cuanto un hombre menos brillante le sucediese.⁴³ Además, había condenado a toda Europa a volver a la guerra, pues las nuevas campañas que emprendió no dejaron de ser un intento del Emperador de consagrar la dinastía de los Bonaparte allá donde fuese posible. Torrijos quedaba así deslumbrado ante las hazañas —muchas supuestas— del Napoleón militar. Pero él supeditaba las virtudes militares a las políticas, y aún con todo el valor, la determinación, la constancia y el genio que demostró ese mito de la historia contemporánea, el juicio de Torrijos es de condena, pues dejó de ser un hombre público para convertirse en déspota por su egoísmo político.

Esta condena ya había estado presente en la prensa española del Trienio siguiendo la misma línea argumentativa. Se le separaba así de los grandes patriotas como George Washington o Guillermo Tell, tal y como cantaba un poema publicado en *El Espectador* en julio de 1821 con motivo también de la llegada de las noticias sobre su muerte a España.⁴⁴ Este periódico incidió más veces en las diferencias entre Napoleón y Washington. El primero tenía un talento superior, pero el americano era el claro ejemplo de virtud y abnegación política.⁴⁵

En opinión de Torrijos, Napoleón dejó de actuar movido por la virtud cívica que debe orientar las políticas de todo gestor liberal y por supuesto de todo líder romántico inspirado por el amor a su patria. Toda la vida de Torrijos está marcada por la renuncia personal en aras precisamente de esa idea de patria, a la que le liga un sentimiento de dolor marcado por los diferentes exilios a los que son condenados él y sus conciudadanos desde el estallido de la época revolucionaria.

Obsérvese sin embargo el tachón de Torrijos antes mencionado, «que había de deslumbrarle y mancillar su nombre». La condena final a la obra napoleónica no le privó de erigir a Bonaparte como un modelo. Sus sentimientos hacia el corso no diferían, pues, de los de Zorrilla hacia el poeta, y es que el romántico, artista o político, «en su misión sobre la tierra que habita es una planta maldita con frutos de bendición.»

CONCLUSIONES

El estudio de esta traducción con su biografía introductoria y su carta al general Miller es una tarea que se muestra fundamental para entender a José María de Torrijos. Es un material muy útil que nos permite indagar y profundizar en sus ideas de acción política y comprender mejor muchas de sus decisiones. También nos permite comprender como la leyenda napoleónica marcó de una manera tan importante la carrera de este personaje fundamental para el liberalismo español. A la luz de lo arriba expuesto, me atrevo a reafirmar que el peso de la leyenda napoleónica fue trágicamente decisivo en la célebre expedición final de nuestro hombre.

En el presente artículo he analizado el ideal de político romántico que definió Torrijos; quiero recalcar que se trata de una definición consciente con unos objetivos prácticos claros. Es cierto que su pronunciamiento final guarda muchas similitudes con el resto de los que abundaron en una época que no dejaba de estar imbuida de un marcado genio-

42 BNE, Mss. 12901: *Memorias de Napoleón...*, 1825-1826, vol. 1, f. 87.

43 *Ibidem*, f. 47.

44 Anónimo, *El Espectador*, nº 97, 20 de julio de 1821, pp. 3-4.

45 Anónimo, *El Espectador*, nº 150, 11 de septiembre de 1821, p. 2.

centrismo; pero antes de retomar su actividad conspiradora, Torrijos había dedicado dos años a reflexionar sobre las implicaciones históricas y políticas de Bonaparte. En la carta a Miller y en la biografía no duda de que esté presentando a uno de los grandes líderes de la historia y a quien había sido el máximo rival de las potencias absolutistas de Europa.

El corso fue el gran referente del Torrijos de los últimos años. En gran medida, partió de lo que Napoleón dijo haber sido en sus campañas italianas como un modelo ideal para después criticar que aquel a quien consideraba el mayor militar de todos los tiempos se hubiese visto seducido por el poder que le ofrecía el despotismo. Puesto que un hombre como Napoleón (con talento, determinado, audaz, valiente, joven) decía haber conseguido tantos imposibles, Torrijos quiso creer que bastaba con que el patriotismo de un líder por lo demás similar se mantuviese incólume para que se pusiera a la cabeza de una lucha que pondría fin definitivo al absolutismo en España y en Europa. Se negó sin embargo a aceptar la parte del discurso del preso de Santa Elena en la que afirmaba que se había mantenido siempre leal a los valores de patriotismo y virtud cívica. Esta es la razón por las que en su obra crítica estos son los valores que más resalta.

A lo largo de estos textos se va dibujando la imagen de un romántico que somete al mundo político, militar y natural que le rodea haciendo uso de un sentimiento exaltado que le impulsa a la acción con la que se impone a todos los mediocres que le hacen frente. Este desprecio tanto hacia el enemigo anodino como, aún más incluso, al supuesto aliado que carece de vitalidad es una constante en la obra. Así eran los miembros corruptos del Directorio y los generales franceses que no triunfaban en Alemania. Torrijos alaba la meritocracia que Napoleón había mantenido en Francia y probablemente la traducción de esta obra fue clave para ahondar en el recelo a la actitud política de Mina.

Entre 1827 y 1831 el español quiso estar a la altura de este ideal de liderazgo. Es cierto que ya en la Guerra de la Independencia y en los conflictos civiles contra los ultras a lo largo del Trienio liberal había dirigido ejércitos en situaciones críticas y había demostrado estar imbuido por muchos de los principios comentados; así se aprecia claramente en sus cartas y oficios de esos años. Por ello, considero que se sirvió de Napoleón como un eje vertebrador de todas estas cualidades, otorgándoles coherencia y validez histórica a partir de una figura que generaba una atracción creciente entre los liberales. Ofrecía así un modelo que demostraba todo el potencial del sentimiento romántico aplicado a la política; en los difíciles años de 1825 y 1826 esto significaba esperanza para un movimiento liberal que acababa de ser abortado en gran parte de Europa.

El Torrijos conspirador de esta época final de su vida no luchaba por defender un país invadido o al liberalismo desangrado por la guerra civil. Era un militar en el exilio que en una situación de clara desventaja se proponía traer la libertad a España, como Napoleón decía haber hecho en Italia con un puñado de soldados que a sus órdenes derrotaron a un Imperio. El peso que en la concepción de sus obligaciones como cabeza de los liberales españoles en el exilio y en los métodos para conseguir sus objetivos tuvieron las *Memorias de Napoleón dictadas a los generales Baron Gourgaud y Conde de Montholon* resulta evidente.

BIBLIOGRAFÍA

- ALCÁNTARA ALCAIDE, Esteban y Juan PACHECO FERNÁNDEZ (2007), *Réquiem por Torrijos*, Alhaurín de la Torre, Ayuntamiento.
- ARTOLA GALLEGU, Miguel (1976), *Los afrancesados*, Madrid, Ediciones Turner.
- BARBASTRO GIL, Luis (1993), *Los afrancesados: primera emigración política del siglo XIX español (1813-1820)*, Madrid, CSIC.
- BELL, David (2015), *Napoleon: a concise biography*, Oxford, Oxford University Press.

- BUTRÓN PRIDA, Gonzalo (2001), «Fiesta y revolución: Las celebraciones políticas en el Cádiz liberal (1812-1837)», en Alberto Gil Novales (ed.), *La revolución liberal*, Madrid, Ediciones del Orto, pp. 159-177.
- (2012), «La inspiración española de la revolución piamontesa de 1821», *Historia Constitucional*, nº 13, pp. 73-97.
- BUSAALL, Jean-Baptiste (2008), «El reinado de José Bonaparte: nuevas perspectivas sobre la historia de las instituciones», *Historia Constitucional*, nº 9, pp. 439-448, <https://goo.gl/jPzrTf>
- (2014), «Los afrancesados: el Estado como modernidad política», en Miguel Ángel Cabrera y Juan Pro (coords.), *La creación de las culturas políticas modernas*, Madrid, Marcial Pons, pp. 347-374.
- BUSTOS, Sophie (2017), *La nación no es patrimonio de nadie. El liberalismo exaltado en el Madrid del Trienio liberal (1820-1823)*, Tesis doctoral, Universidad Autónoma de Madrid.
- CAÑAS DE PABLOS, Alberto (2011), *El meteoro que todo lo ilumina: Obra política napoleónica, sus consecuencias paneuropeas y los herederos españoles. Espartero y Prim*, Trabajo de Investigación, Universidad Complutense de Madrid.
- CASALDUERO, José (1962), *Espronceda*, Madrid, Gredos.
- CASTELLS OLIVÁN, Irene (1982), «Torrijos y Málaga», *Jábega*, nº 40, pp. 3-72.
- (1989), *La utopía insurreccional del liberalismo*, Barcelona, Crítica.
- (2000), «José María Torrijos (1791-1831), Conspirador romántico», en Isabel Burdiel Bueno y Manuel Pérez Ledesma (coords.), *Liberales, agitadores y conspiradores: Biografías heterodoxas del siglo XIX*, Madrid, Espasa Calpe, pp. 73-98.
- y Jordi ROCA VERNET (2004), «Napoleón y el mito del héroe romántico. Su proyección en España (1815-1831)», *Hispania Nova*, nº 4, pp. 1-20.
- DURÁN LÓPEZ, Fernando (2015), «Rudolph Ackermann (1764-1834) [Semblanza]», en el portal Editores y Editoriales Iberoamericanos (siglos XIX-XXI). EDI-RED, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, Alicante.
- DWYER, Philip (2008), *The Path to power 1769-1799*, New Haven, Yale University Press.
- (2014), *Citizen Emperor: Napoleon in power*, London, Bloomsbury.
- FERNÁNDEZ SARASOLA, Ignacio (2011), «El primer liberalismo en España (1808-1833)», *Historia Contemporánea*, nº 43, pp. 547-583.
- FERNÁNDEZ SEBASTIÁN, Javier (2010), «Las revoluciones hispánicas. Conceptos, metáforas y mitos» en Roger Chartier, Robert Darnton, Javier Fernández Sebastián y Eric Van Young (coords.), *La Revolución francesa: ¿matriz de las revoluciones?*, Ciudad de México, Universidad Iberoamericana, pp. 131-223.
- (2012), «Guerra de palabras. Lengua y política en la revolución de España», en Pedro Rújula y Jordi Canal (coords.), *Guerra de ideas. Política y cultura en la España de la Guerra de la Independencia*, Madrid, Marcial Pons, pp. 237-280.
- (2013), «Cabalgando al corcel del diablo. Conceptos políticos y aceleración histórica en las revoluciones hispánicas», en Javier Fernández Sebastián y Gonzalo Capellán de Miguel (coords.), *Conceptos políticos, tiempo e historia: nuevos enfoques en historia conceptual*, Madrid, Editorial de la Universidad de Cantabria, pp. 423-462.
- (2014), «Del rey cautivo a la república del derecho divino. Retóricas e imaginarios de las revoluciones hispánicas», en Laura Rojas y Susan Deeds (coords.), *México a la luz de sus revoluciones*, Ciudad de México, El Colegio de México, 2 vols., 1, pp. 125-185.
- FERNÁNDEZ SIRVENT, Rafael (2008), «Un comisario regio de José I: Francisco Amorós», *Historia Constitucional*, nº 9, pp. 81-107.
- FUENTES, Juan Francisco (2004), «Mito y concepto de pueblo en el siglo XIX: Una comparación entre España y Francia», *Historia contemporánea*, nº 28, pp. 95-110.

- (2007), «Afrancesados y liberales», en Jordi Canal (ed.), *Exilios: los éxodos políticos en la historia de España. Siglos XV-XX*, Madrid, Sílex, pp. 137-166.
- (2008), «“Yo nada valgo”: Rafael del Riego y la revolución liberal española», en Manuel Pérez Ledesma e Isabel Burdiel Bueno (eds.), *Liberales eminentes*, Madrid, Marcial Pons, pp. 13-42.
- GIL NOVALES, Alberto (1975), *Las sociedades patrióticas, vol. 1*, Madrid, Tecnos, pp. 351-391.
- HAZAREESINGH, Sudhir (2004), «Bonapartism as the progenitor of democracy», en Peter Baehr y Melvin Richter (eds.), *Dictatorship in History and Theory: Bonapartism, Caesarism and Totalitarianism*, Cambridge – Nueva York, Cambridge University Press, pp. 129-154.
- (2005), «Napoleonic memory in nineteenth-century France: The making of a liberal legend», *MLN*, vol. 120, nº 4, pp. 747-773.
- ISABELLA, Maurizio (2009), «Emotions, rationality and political intentionality in patriotic discourse», *Nation and Nationalism*, nº 15, pp. 427-433.
- LLORENS, Vicente (1968), *Liberales y románticos*, Madrid, Castalia.
- MARTÍNEZ TORRÓN, Diego (1997), *Manuel José Quintana y el espíritu de la España liberal*, Sevilla, Alfar.
- (1999), *La sombra de Espronceda*, Mérida, Editora Regional de Extremadura.
- MORENO ALONSO, Manuel (2004), *Napoleón: la Aventura de España*, Madrid, Sílex.
- NICHOLLS, David (1999), *Napoleon: a biographical companion*, Santa Barbara, ABC-CLIO.
- PEÑA GUERRERO, María Antonia (2013), «El nacimiento de la representación política liberal y su primigenia concepción gaditana», en Pedro Carasa Soto (coord.), *Castilla la Vieja y León en las Cortes de Cádiz*, Fundación Villalar Castilla y León, pp. 33-42.
- RAMÍREZ ALEDÓN, Germán (2016), «Memoria gráfica del exilio. En busca de los exiliados españoles en Londres. Crónica de un viaje tras las huellas de la emigración liberal de 1823», *Laberintos. Revista de estudios sobre los exilios culturales españoles*, nº 18, pp. 608-621.
- ROCA VERNET, Jordi (2014), «Democracia y federalismo internacional. Del exilio liberal italiano a los exaltados españoles», en Ignacio Fernández Sarasola (ed.), *Constituciones en la sombra. Proyectos constitucionales españoles (1809-1823)*, Oviedo, In Itinere, pp. 97-144.
- SÁENZ DE VINIEGRA, Luisa (1860), *Vida del general don José María de Torrijos y Urriarte, vol. 1*, Madrid, Imprenta de Manuel Minuesa.
- (1860), *Vida del general don José María de Torrijos y Uriarte, vol. 2*, Madrid, Imprenta de Manuel Minuesa, pp. 212-349.
- SIERRA ALONSO, María (2012), «Política, romanticismo y masculinidad: Tassara (1817-1875)», *Historia y política*, nº 27, pp. 203-226.
- (2014), «Enemigos internos: inclusión y exclusión en la cultura política liberal», en María Sierra Alonso, Juan Pro Ruiz y Diego Mauro (eds.), *Desde la Historia. Homenaje a Marta Bonaudo*, Buenos Aires, Imago Mundi, pp. 73-90.
- SIBALIS, Michael (2018), «The Hundred Days and the Birth of Popular Bonapartism in Paris», en Katherine Astbury y Mark Philip (eds.), *Napoleon's Hundred Days and the politics of legitimacy*, Palgrave Macmillan, pp. 23-40. <https://goo.gl/KuAGDJ>
- SIMAL DURÁN, Juan Luis (2012), *Emigrados. España y el exilio internacional, 1814-1834*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales.
- WOLOCH, Isser (2004), «From Consulate to Empire», en Peter Baehr y Melvin Richter (eds.), *Dictatorship in History and Theory: Bonapartism, Caesarism and Totalitarianism*, Cambridge – Nueva York, Cambridge University Press, pp. 29-52.